

RECUERDOS DE UNA VIDA

La fresca brisa de la mañana acariciaba el rostro de Isabel a través de la ventana de la línea C3. A su lado, una anciana menudita acurrucada en su chaqueta trataba de dar cuerda a su reloj, sin éxito alguno.

-Oye, bonita, ¿tienes hora? -preguntó amablemente a la mujer-. Tengo cita en el Macarena y no hay manera de que este reloj funcione, vete a saber si se me ha pasado ya.

-Son las 9:15 -respondió Isabel tras comprobar la hora en el móvil-. No se preocupe, va bien de tiempo.

El bus realizaba su ruta habitual por las calles de Triana y ambas mujeres contemplaban por la ventana a los niños agarrando la mano de sus padres con fuerza de camino al colegio, a las señoras con su carrito de la compra aún vacío a la espera de llenarlo el mercado y a los ancianos con el periódico recién comprado bajo en brazo.

La señora sentada junto a Isabel sujetaba un su mano un pequeño papel con su nombre y los datos de la cita del hospital: "Ana Barragán Luna. Neurología. Consulta 8. 9:55".

-Echo de menos pasear por este barrio con mis niños cuando eran pequeños y desayunar churritos con chocolate juntos en cualquier cafetería -comentó Ana observando la escena con nostalgia-. La calle San Jacinto ya no es lo que era, ¿no crees?

-Sí, las cosas han cambiado mucho en las últimas décadas -respondió Isabel, algo confusa por el repentino comentario de la mujer-. A mí me destrozó cuando talaron el ficus, fue como si nos arrebataran un trozo de nuestros recuerdos.

El C3 ya circulaba más allá del puente de la Barqueta y se aproximaba a la calle Feria, arrebatado de gente que esperaba impacientemente que llegara su parada para salir de aquel lugar claustrofóbico.

-Mira, justo en ese cruce fue mi primer beso con mi marido, con 17 años -dijo Ana señalando a la calle Feria con una sonrisa enamorada en su rostro-. Era de madrugada, así que no había ni un solo coche en la calle y mi Pepe me detuvo en mitad de la carretera para besarme. Estaba más nervioso, el pobre...no paró de hablar en toda la noche.

-Tuvo que ser un momento realmente bonito para que lo recuerde tan vívidamente -añadió Isabel, con una lágrima a punto de resbalar por su mejilla, emocionada.

-Sí que lo fue, aún puedo oler su colonia y sentir el tacto de su jersey nuevo al cerrar los ojos...

El bus se iba acercando al arco de la Macarena, enfrente del hospital, cuando Isabel pulsó el botón para bajar.

-Vamos, mamá. Esta es nuestra parada.

Los ojos de Ana brillaron con intensidad cuando la enfermedad que le arrebatava paulatinamente su memoria se desvaneci3 por un instante para reconocer el rostro de su hija Isabel, que le tendía la mano para ayudarle a bajar del bus.